

ANUARIO

DEL

INSTITUTO COMERCIAL

DE SANTIAGO



AÑO 1907



SANTIAGO DE CHILE

Imprenta i Encuadernacion «El Globo»

AGUSTINAS NÚMS. 826 A 842

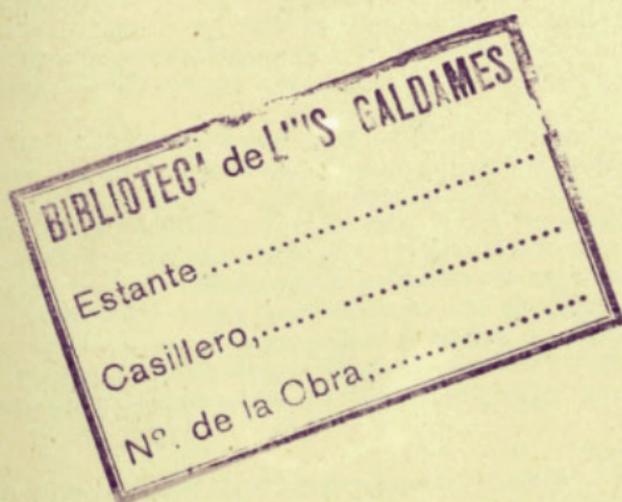
—
1908

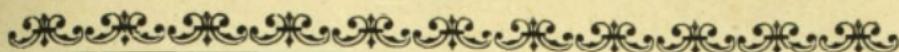
II.—COLABORACION ESPECIAL

SUMARIO:

- 1.—¿Por qué fracasan? por *Don Victoriano de Castro*.
 - 2.—La aplicacion de los Estudios Históricos, por *Don Luis Galdames*.
-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





2.—LA APLICACION DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

I

No ha escapado la Historia, ciertamente, al vigoroso impulso de renovacion que desde un siglo atras viene trasformando i estendiendo todos los conocimientos humanos,

Mucho se ha trabajado en beneficio suyo. Vidas enteras de varones ilustres se han consagrado a su investigacion i a su reconstruccion. Sin embargo, es todavia una de las ciencias ménos completas.

No han faltado sabios prestigiosos que hayan ido hasta negarle su derecho a existir independientemente como rama científica; i otros, con mayor indulgencia pero con no menor pesimismo, le han vaticinado su desaparecimiento de la literatura seria i de la enseñanza misma, en una época no mui lejana.

Por otra parte, en el espíritu del vulgo, la Historia no pasa aun de ser considerada como una mera entretenicion. Se la coloca, por lo jeneral, al lado de la novela. Una i otra sirven igualmente para disipar las tristezas de las largas veladas de invierno.

La formidable reaccion emprendida en favor suyo por talentos superiores, solo alcanza, por ahora, al núcleo mas docto de la jente que se califica de ilustrada. Los demas siguen creyendo que un libro de historia es, a lo sumo, una lectura amena i que, si se dá a ésta un sitio en la enseñanza, es porque se quiere introducir en los programas un ramo de adorno, i nada mas.

¿De qué provienen aquel descrédito i esta especie de frivolidad que gravitan sobre la Historia?

Antes de dar respuesta a esta pregunta, es menester convenir en que esos juicios de la masa del vulgo son perfectamente fundados. La Historia, tal como se nos esponia hasta hace pocos años i tal como aun se la suele esponer, sirve apénas para matar el tiempo.

Durante siglos enteros, ella no ha sido otra cosa que la biografia de ciertos hombres. Un largo, interminable tejido de anécdotas, aventuras, batallas, fechas, nombres, cifras i detalles pueriles ha constituido su trama i llenado sus pájinas.

Aun hasta principios del siglo pasado se tuvo en gran predica-

mento la opinion, sustentada por algunos humanistas antiguos, de que la Historia solo debia limitarse a la vida de reyes i de santos, grandes jenerales i políticos, para edificacion de las muchedumbres. I si es verdad que los filósofos del siglo XVIII habian defendido i tratado de poner en práctica un criterio distinto, haciendo tambien objeto de la Historia las instituciones, las ideas i las costumbres de cada época, no es así mismo ménos verdad que siguieron considerando el factor individual como el elemento predominante en el pasado de las naciones.

Supervivencia de este concepto es hoy en dia el modo de calificar i ponderar la importancia de ciertos actos políticos i militares, cuando se dice: «es un discurso que hará época»... «la entrevista histórica»... «la pluma de oro con que se firmó ese tratado será una preciosa reliquia para la historia»...

Estas i otra porcion de espresiones análogas, que uno oye pronunciar en cualquiera parte i hasta ve escritas en publicaciones que debe creer redactadas por hombres de superior cultura, revelan bien claramente esa especie de fetiquismo histórico que todavia dá la vuelta al mundo en alas de aquella antigua concepcion.

Ahora bien; ¿habrá álguien que se atreva a afirmar que una Historia así concebida i ejecutada pueda tener importancia efectiva i utilidad práctica para el hombre de estudio o el simple lector?

¿De qué nos sirve saber cuántos fueron exactamente los soldados que pelearon en una batalla, los que murieron, los que cayeron prisioneros, los que quedaron heridos en ella? ¿De qué saber si el jeneral en jefe montaba un caballo mulato, o alazan, si fumaba pipa o sorbia rapé durante el asalto decisivo? ¿De qué conocer el nombre del primero que llevó a la capital la noticia del triunfo?

¿Influye mucho en la Historia el hecho de si Luis XIV pronunció o nó aquella célebre frase «ya no hai Pirineos»?

¿Cuál es el valor positivo en la Historia del nombre de todos los buques que se despedazaron en Trafalgar?

«Hai jentes para quienes un pedazo de porcelana antigua es un tesoro,—dice *Herbert Spencer*,—otros hai que pagan un precio exorbitante por las prendas de uso i porte de un asesino. ¿Se dirá que estos gustos dan la medida del valor real de su objeto? No, sin duda alguna. Debe admitirse, pues, que el placer que pueda encontrarse en el relato de ciertos hechos históricos no prueba su valor, i que, para darnos cuenta de la importancia de este valor es preciso preguntar a qué usos son aplicables. Si álguien nos visita-se para decirnos que la gata de nuestra vecina habia dado a luz sus hijuelos, contestaríamos que este hecho carecia de valor. Por mas que se tratase de un hecho, lo estimaríamos como un hecho inútil, un hecho incapaz de ejercer influencia alguna en nuestra conducta, un hecho que no habia de contribuir en nada a que alcanzáramos la plenitud de la vida. Pues bien, si sometemos a la misma prueba la gran masa de los hechos llamados históricos, se llegará a idéntica conclusion. Son hechos de los que nada puede deducir-

se; hechos *no susceptibles de organizacion*; hechos, por consiguiente, incapaces de sujerirnos principios de conducta, que es en lo que debe consistir la principal utilidad de la ciencia. Leedlos, si gustais, por entretenimiento, pero sin lisonjearos de encontrar en ellos una fuente de instruccion».

El mismo Spencer asegura que esta ciencia del detalle i del nombre en Historia «solo sirve para ahorrarnos las absurdas censuras que la opinion inflige al que no la posee.» (1)

Pero el público, el gran vulgo, no se equivoca. Comprende que todo eso carece de importancia, que *no es aplicable a nada*, i lo desdña como ciencia, si bien lo acepta como arte.

En efecto, todas las ciencias son susceptibles de aplicaciones útiles. No hai un solo conocimiento positivo de cuya base teórica no pueda deducirse alguna aplicacion práctica. Hasta la astronomía, que parece fuera la ciencia ménos asequible a la jeneralidad, presta su continjente de valiosas indicaciones así al marino como al agricultor.

Solo la Historia, en la forma en que hasta hace poco tiempo se la ha presentado, constituye un campo de verdades estériles, sin objeto preciso ni trascendencia práctica.

No se necesita decir mas para explicar su descrédito i la frivolidad que comunmente se la atribuye.

Sin embargo, no es ese todo.

II

Al lado de la *historia biográfica*, corriente ya casi totalmente estinta en los profesionales de la ciencia, ha labrado su huella la *historia doctrinaria*, cuyo principal propósito ha consistido en erijir o en denigrar personalidades, en nombre de determinados principios políticos o relijiosos, a fin de entregarlas a la admiracion o al escarnio de sus adeptos.

Quien ha descubierto en la Historia la justificacion de la monarquía absoluta, i deduce de algunos hechos que esta forma de Gobierno, por su vigor i su simplicidad, es la mas perfecta de cuantas han existido.

Quien cree, por el contrario, que la Historia no es mas que el movimiento de las naciones hácia la democracia, sistema social i político destinado a rejir al mundo perdurablemente.

Quien estima que la Historia debe contarse sólo en el sentido de la estension cada vez mas considerable que ha ido adquiriendo el cristianismo i, entre sus diversas iglesias, mui particularmente la católica.

Quien, en fin, concibe la Historia con el único objeto de robustecer en cada pais el sentimiento pátrio, narrando i describiendo solo los grandes hechos nacionales.

(1) HERBERT SPENCER.—*De la Educacion intelectual, moral i fisica.* (Edicion española de la casa Sempere i Ca.), cap. I.

Así, por este estilo i según este molde, se dá fisonomía casi le-
gendaria a todos los hombres que han descollado en favor o en
contra de cada tendencia, ponderando hasta lo extraordinario lo
que llaman virtudes en aquéllos; i relajando hasta lo inverosímil
lo que llaman crímenes en los otros.

A pesar de haber surjido este jénero histórico con posterioridad
a la historia biográfica, se ha labrado primero su descrédito. Hoi
son ya mui pocos los que leen historias doctrinarias, ménos que
los que se deleitan leyendo los relatos fetiquistas.

Pero revive este criterio en una multitud de jente que, con cual-
quier motivo, declara «apelar al fallo de la historia» i pide «la jus-
ticia de la posteridad», como si la posteridad i la historia tuviesen
la obligación de erijirse en tribunal de alzada, para ocuparse de lo
que hicieron o no hicieron o debieron hacer éstos o aquellos fi-
nados.

Sería de leer, en un historiador de mas tarde, el catálogo de to-
dos los individuos que se han creído en vida con títulos suficientes
para legar su nombre a la posteridad.

Pero lo peor del caso es que no son pocas las personas que creen
de buena fé en esos fallos póstumos en favor o en contra de deter-
minadas individualidades. Esta es, por ejemplo, una frase-cliché
tratándose de un gobernante de cualquier grado: «La historia, im-
parcial i severa, juzgará los actos del digno estadista i sabrá dis-
cernirle la parte de gloria que le corresponda en los progresos jene-
rales del país.»

¿Cuántos serán, en mil años, los «dignos estadistas» que se
hallen en su misma situacion?

¿I quién irá a leer la historia de todos i cada uno de ellos?

Convengamos en que ya no tendrán ni amigos ni enemigos i en
que, si algunos salvan del jeneral naufragio en el olvido, ello se
deberá únicamente a que encarnaron alguna tendencia o algun
alto ideal de su época.

La historia doctrinaria hará, seguramente, gran caudal de sus
nombres i de sus actos durante algun tiempo; pero, despues, qui-
zas mucho ántes de lo que sus mismos partidarios piensen, ven-
drá la irreparable estincion del recuerdo.

Para convencerse de este hecho basta preguntar por la vida i las
obras de los gobernadores coloniales de nuestro propio país, a cual-
quiera persona ilustrada. Alguien recordará dos o tres; otro dirá el
nombre de seis o de ocho, sin saber a punto fijo qué motivo hai
para retenerlos en la memoria. Sin embargo, fueron un centenar,
i a cual de todos mas condecorado i mas ilustre para su siglo.

Pues bien; aun no pasan cien años desde que se inauguró la Re-
pública i ya se han borrado del corazón del pueblo los nombres de
casi todos aquellos personajes, tan históricos en su tiempo.

El doctrinarismo político no los resucita ni podrá resucitarlos
nunca, así como tampoco el doctrinarismo relijioso podrá resuci-
tar a todos sus obispos i a todos los predilectos de su dogma.

I hago caudal a este respecto, porque es una propiedad peculia-
rísima de las historias doctrinarias el jiro biográfico de sus rela-

tos, con los cuales se propone robustecer la fé de sus prosélitos.

No se ve, pues, aparte de los estrechos fines que con los trabajos de esa naturaleza se persiguen, el valor real que los distingue ni la aplicacion práctica que se pueda deducir de ellos.

Su defecto comun, la parcialidad, fruto espontáneo del proselitismo, los inhabilita hasta para servir de seguras fuentes de informacion sobre las mismas materias que abordan.

Sin embargo, revelan ya un intento, una tendencia a la «organizacion» de los sucesos históricos. Cualquiera que ella sea i cualquiera que sea tambien el propósito con que se la acometa, es ya una evolucion considerable en el criterio con que se aprecia la Historia.

Esa evolucion demuestra, a lo ménos, — i digámoslo en su descargo,—que la Historia sirve para algo mas que para entretenerse.

III

Pero seria injusto desconocer la importancia que estos jéneros históricos han tenido en la constatacion de muchísimos hechos de verdadero interés para la verdadera Historia.

En realidad, la única aplicacion, pero aplicacion meritoria que de ellos ha podido hacerse es la de servir de base a luminosas controversias respecto del pasado.

Desde que la biografia se convierte en apolojia i el doctrinarismo en apolojia i detraccion a la vez, surjen las rectificaciones concluyentes i los debates apasionados; i de ellos, no pocas verdades útiles.

Esto, de por sí, es ya un mérito.

Es, precisamente, al calor de estas controversias cómo se han jenerado las nuevas escuelas históricas que hoi se disputan el predominio en la reconstruccion de las sociedades pasadas.

El rumbo seguido por sus representantes es mui diverso del antiguo.

Al detalle se prefiere el conjunto.

A los hombres se prefiere la masa.

A la narracion de batallas i de biografias se sustituye la narracion de los hechos sociales de carácter jenérico.

I, en fin, al método simplemente cronológico reemplaza ahora la ordenacion específica de los sucesos en una época determinada.

Cierto fondo filosófico, última manifestacion del doctrinarismo ya muerto, vibra en cada una de las modernas concepciones.

La escuela «progresista» no vé en la vida de los pueblos otra cosa que su tendencia a una perfeccion indefinida, fundado en un ideal de justicia cada vez mas ámplio i completo. Es la escuela de los historiadores demócratas de Francia, Thierry, Michelet i tantos otros.

Para la escuela «economista», el desarrollo de todas las naciones jestá sujeto primordial i casi únicamente a las necesidades fisiológicas de sus individuos. En la escuela de Marx i los socialistas, de Labriola, de Rogers, etc.

La escuela «naturalista», por su parte, ha sostenido que a los factores físicos del territorio en que cada pueblo vive i cada estado se constituye se debe principalmente su desenvolvimiento, esplicándose por ellos, en consecuencia, todas sus modalidades orijinales. Es la escuela de Montesquieu, Herder, Buckle, etc.

Por último, la escuela «evolutiva» o «realista», ha tratado de constatar, a la vez que la unidad de todas las actividades sociales dentro de una tendencia predominante, la transformacion permanente de todos los paises, en conformidad a esas mismas actividades comunes. Su mas alto representante es Taine.

Por cierto que en cada una de estas agrupaciones científicas, hai una multitud de variantes, segun la idiosincracia peculiar de cada autor. Sin embargo, entre aquellos caracteres diferenciales de las modernas tendencias de la Historia, que ya he señalado, hai uno de capital importancia, respecto del que todos estan perfectamente acordes.

Se trata de la ecuacion individual en la realizacion de los acontecimientos históricos, de apreciar hasta qué punto influye uno de esos hombres llamados vulgarmente «notables», en los destinos de un pueblo. La solucion dada a este problema se manifiesta en el empeño de todos los historiadores por hallar la esplicacion de los sucesos humanos en otra parte que en los individualidades sobresalientes. Se la busca en la masa social, entidad anónima e indefinible; en las enerjías innatas de los elementos sociales, rasgos sicológicos poco ménos que imposible de precisar; en la naturaleza misma de cada pais, cuya accion sobre los individuos i los pueblos no está aún del todo establecida; se busca, en fin, la fuerza expansiva o depresiva de cada Estado, en cualquiera cosa, ménos en los personajes vulgarmente llamados «históricos».

Se ha comprendido, en forma incontrovertible, que la influencia individual en los destinos de una colectividad determinada es, si no insignificante, por lo ménos insuficiente para darse cuenta de los sucesos del pasado i reconstruir las sociedades que han desaparecido o que se han modificado tan profundamente que para poderlas comprender es necesario exhibirlas en todas sus faces.

Cuando se nos dice, verbi gracia, que Luis XI,—todo un rei,—destruyó en Francia el feudalismo, se nos da una figura retórica en cuenta de una verdad. Lo que con ello quiere significarse es que el feudalismo frances hizo crisis *en tiempo de Luis XI*, i a lo sumo que Luis XI cooperó a su aniquilamiento eficazmente.

No se necesita reflexionar demasiado para preguntarse: ¿i por qué ninguno de los anteriores reyes de Francia procedió de la misma manera que él?

Seria candidez contestar: porque ninguno tuvo su talento, o su ilustracion, o su carácter. Esto no dejaria satisfecha a ninguna persona medianamente pensadora; ya que, aparte de la imposibilidad absoluta de medir tales cualidades en todos esos soberanos, nadie ignora hoy dia qué puntos calzaba Luis XI en cuanto a talento, carácter e ilustracion.

Habrà que convenir entónces en que las causas de ese aconteci-

miento no empiezan ni concluyen en la voluntad de aquel soberano. Para encontrarlas, deberá picarse mas a fondo. I así habrá que estudiar la jeografía política de Francia desde que se constituyó el feudalismo, como la evolucion de sus instituciones i el surjimiento de una nueva clase social que desde el siglo XIII hasta el XV modificó hondamente las condiciones de la vida en ese Estado, hasta hacer el feudalismo no solo innecesario e inútil sino tambien perjudicial.

Por este camino i no por otro se llegará a componer, como se ha llegado en efecto, la verdadera historia del feudalismo.

¿A qué queda reducida, despues de esto, la imponente figura de Luis XI?—A lo que en realidad fué el personaje: mero ejecutor de los designios, no por inconscientes ménos poderosos, de una voluntad mui superior a él: la voluntad de la nacion francesa, o mas propiamente, la necesidad de su tiempo.

Así todas, absolutamente todas las grandes individualidades: reyes i jenerales, ministros i pontífices.

Es la lei del determinismo social, no personificada en ellos, sino actuando en ellos.

IV

Lo espuesto no admite réplica. No hai un solo individuo, por portentoso que se le suponga, que pueda decir a la sociedad: «yo hago de tí lo que quiero». Por el contrario, es la sociedad quien puede decirle: «yo te hago a mi antojo».

Desde que nace, la sociedad lo nutre, lo abriga, lo sustenta, lo educa, lo forma hombre, lo enriquece en conocimientos i en medios de vida. No aprende sino lo que a su jeneracion ha enseñado la jeneracion anterior, i si da un poco mas, no lo hace sino pisando el punto de apoyo que ella le ha legado.

He aquí un inventor, un Edison. ¿Cómo desarrollará sus facultades jeniales, si no trabaja en el laboratorio que para él han ido preparando todos los inventores estintos?

Se trata de un gran artista. ¿Será posible que llegue a la perfeccion de su arte sin disponer de la copiosa produccion mental que han acumulado sus antecesores?

Es un millonario, un soberano de la Banca. ¿Habria conseguido acumular todo suss millones sin la cooperacion de los millares de brazos que se han sometido a sus iniciativas i, principalmente, sin poseer la suma de conocimientos de que la colectividad lo ha dotado?

Surje un político jenial. Pero, ¿dónde si no en su propia sociedad habria podido ejercitar su accion, i cómo, si no contando con el apoyo que ha debido dispensarle la mayoría de sus conciudadanos? I por cierto que no le han dispensado esta adhesion por ser él quien es sino por corresponder mejor que los demas a las necesidades de su época.

Mui fundadamente ha podido resumir esta nueva tendencia de

la Historia, Alberto Sorel, el ilustre autor de *L'Europe et la Revolution française*, en los párrafos que se van a leer:

«La preponderancia i el prestigio de los grandes hombres han disminuido. Los grandes hombres van desapareciendo como ha desaparecido el Olimpo de los antiguos; es el Paraiso perdido del orgullo humano. La humanidad personificaba en sus amos sus fuerzas i sus obras, como personificaba en seres imaginarios las fuerzas i las obras de la naturaleza. En el fondo, los grandes hombres no han sido nunca nada mas que los conductores de los pueblos, i no los han conducido nunca sino hácia donde el jenio de esos pueblos los arrastraba i segun la pendiente de las tierras en que estos buscaban su fortuna.

«Hai una naturaleza de las cosas humanas: corrientes, arrecifes; hai huracanes que pasan; hai fuerzas mudas i latentes. Los esperotos las disciernen; los fuertes las explotan i con ellas se identifican; los intrigantes, los débiles, los indecisos, los fatuos, son envueltos i anodados por ellas. Los primeros apresuran los progresos de su pueblo; los segundos precipitan su ruina, pero todos no trabajan ni obran jamas sino en el movimiento de la Historia, i los que ejecutan los hechos aparentemente ménos esperados i de conveniencias mas trascendentales, como Napoleon, lo hacen solamente uniendo al impulso secular del pueblo el impulso idéntico de su jenio. Puede estorbarse la corriente del rio, acumular, duplicar su fuerza; puede ahondarse el cauce i reglar el curso de las aguas; puede, en fin, desviársele, pero ello solo podrá ser en la direccion de su pendiente, no haciendo retroceder la ola.

«Los grandes hombres surjen de los acontecimientos i los impulsan; no son grandes sino en la medida en que espresan los sentimientos, las pasiones, los intereses i las tradiciones de su pueblo; no son fuertes sino en la medida en que se sirven de ellos; i no son bienhechores mas que en la medida en que los sirven. Su jenio consiste únicamente en adivinar las etapas de la humanidad i en dirigir los hombres hácia ellas; en reunir los hilos dispersos i formar el nudo. Es así cómo, por su accion superior, razonada i libre, retardan o apresuran los acontecimientos. En cuanto a los aventureros que se entregan en manos del azar, no son ni pueden ser otra cosa que los juguetes ciegos de una fatalidad que no comprenden». (1)

V

Despojada, pues, la Historia del proselitismo, que la ha falseado, i del personalismo, que la ha hecho inútil, su horizonte se ensancha i se ilumina.

No se borra por completo la figura imponente de sus «grandes hombres», pero se la reduce lo bastante para poder observar otros fenómenos que, en la actividad social, tienen una influencia mayor que su voluntad soberana.

(1) ALBERT SOREL.—*Nouveaux essais d'Histoire et de Critique* (Paris, 1898), pájs. 36-37.

Se limita su esfera de accion; se da a su personalidad la importancia que le corresponde realmente en los sucesos de su época i se canaliza su obra en la direccion que le han trazado sus mismos contemporáneos.

De esta manera, el «personaje histórico» no desaparece, pero se quita de sus hombros la gran carga de todo su tiempo. Deja de ser el árbitro mas o ménos esclusivo de los acontecimientos en que actuó; queda despojado de todo rol extraordinario, i llega a ser lo que fué en vida: un carácter superior, por la intelijencia o las virtudes que lo distinguian, un ejemplar ménos imperfecto de la especie humana. Solo eso.

Vése entónces desarrollarse en torno de él, léjos de su intervencion i aun de su conocimiento, la vida entera de la sociedad del pasado.

El historiador recoge con igual piedad, así el manuscrito de una constitucion como las cuentas de una obra realizada por oscuros artesanos. Todo le sirve igualmente a sus propósitos reconstructivos.

Toda huella de otro tiempo, por lijera que sea, es para él un valioso elemento.

Fácil es así comprender que la mayor i mejor parte de la Historia se halla fuera del círculo de actividad del personaje histórico. Los hechos sociales son impersonificables. Su naturaleza es colectiva. Pertenecen a todos los hombres de una sociedad o de un grupo social determinados, en una época tambien determinada.

Por otra parte, ninguna de las instituciones que ligan al individuo con sus semejantes, ha sido jenerada por las leyes que hoi las reglamentan. Todas ellas se han ido jenerando espontáneamente, unas tras otras; las leyes no han hecho mas que dar estabilidad i firmeza a lo que ya estaba establecido.

Si se trata, por ejemplo, de una lei que regla las relaciones entre el comprador i el vendedor de tales o cuales especies, es porque esas relaciones existian con anterioridad a ella i se reglaban seguramente del mismo modo que ella las regló.

Las instituciones, en jeneral, ya sean políticas, civiles o sociales, constituyen en su conjunto la gran red dentro de la cual se desarrollan todas las actividades humanas; pero una cosa es la institucion legal i otra mui distinta la institucion real. Se engañaria, por ejemplo, en una forma imperdonable, quien, deseando estudiar nuestra institucion electoral, se conformara con esponer las leyes que existen al respecto i prescindiera de las modificaciones históricas que ella ha sufrido i del modo como ha funcionado.

Pues bien, la Historia, orientada en la direccion que hemos señalado, se encarga precisamente de todos estos hechos, sin que escape a su actividad reconstructiva ni una institucion, ni una moda, ni una costumbre, nada de lo que pueda caracterizar una sociedad i una época.

Su objeto es el hombre; pero no el hombre aislado, obrando solo i al capricho de una voluntad nconsciente, sino el hombre que vive i actúa en sociedad, que es a la vez sociable i socializador.

VI

La Historia así concebida deja de ser la entretencion de los que no tienen en qué ocupar el tiempo i el «paraiso del orgullo humano», segun la frase de Sorel, para convertirse en la ciencia mas amplia, mas jeneral i de mas múltiple aplicacion práctica que pueda cultivarse.

Interesa por igual a todo hombre.

Sobre sus hechos habrá de fundar el filósofo sus inducciones i el estadista sus reformas.

El economista habrá de recurrir a ella indefectiblemente, para estudiar las causas i los efectos, como si dijéramos en el terreno mismo, de todas las medidas artificiales i de todos los procedimientos naturales que han afectado la riqueza de los países.

El ciudadano que quiera ejercer con conciencia sus derechos tampoco podrá prescindir de la Historia. En ella aprenderá a conocer el jénio i las aptitudes de su pueblo; i de este conocimiento podrá deducir la eficacia de su propia actuacion.

No sin motivo la relacion histórica ha llegado hoi a hacerse indispensable en todas las ciencias, desde las mas simples hasta las de complejidad mas considerable. Ni las matemáticas han desdeñado el estudio de su propia evolucion histórica. I las ciencias sociales, las mas estensas i ménos precisas, han debido recurrir a la Historia, como a su gran laboratorio de investigacion.

«Las sociedades humanas no son intelijibles completamente si no se retrocede por lo ménos a algunos años de su pasado, pues todos los fenómenos sociales son o condiciones o costumbres o convenciones; para comprenderlos es menester remontar a lo ménos a la formacion de la costumbre, de la condicion o de la convencion. Además, es preciso comprender las diferentes formas de los fenómenos en las diversas sociedades. Hai, por consiguiente, una parte de historia en toda ciencia social». (1)

Estas espresiones del maestro frances, consignadas en un libro destinado, precisamente, a la aplicacion de los estudios históricos en las ciencias sociales, me dispensan de citar nuevos ejemplos del valor positivo que han llegado a adquirir esos estudios en los últimos años.

Conviene sí tener presente que la Historia adquiere ese valor cuando se investiga i se la escribe abarcando la sociedad como un todo orgánico, como un conjunto armónico en sus distintas partes, i no cuando se hace de ella un arco de conmemoracion debajo del cual solo desfilan los vencedores de su tiempo con su séquito de vencidos.

LUIS GALDAMES,

Profesor de Derecho, Historia
i Jeografía

(1) CH. SEIGNOBOS.—*La Méthode historique appliquée aux sciences sociales* (Paris, Félix Alcan, 1901). Deuxième partie, Chap. XI, páj. 164-165.

